



**ISSN 2362 - 2652**

***CULTURA EN RED***

**Año V, Volumen 8, 2020**

**UniRio**  
editora



Inés Isabel Farías. A 150 años de la Excursión del Coronel Lucio V, Mansilla a los toldos ranqueles. Cultura en Red, Año V, Volumen 8, 2020. 148 - 163. En línea desde 6 de diciembre 2015. ISSN Electrónico 2362 – 2652

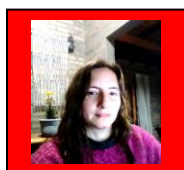
Link Cultura en Red: <http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/>

Creative Commons, Reconocimiento no comercial, compartir igual 4.0, Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Tapa: Arte Enrique Vergara Montero. Universidad Nacional de Trujillo, Perú

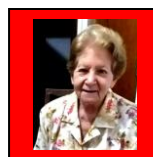


## SECCIÓN PUEBLOS ORIGINARIOS



Graciana Pérez Zavala

Universidad Nacional de Río Cuarto  
[gracianapz@gmail.com](mailto:gracianapz@gmail.com)



Inés Isabel Farías<sup>1</sup>

Archivo Histórico del Convento San  
Francisco Solano,  
Río Cuarto  
[archivohistorico.conventosanfrancisco@  
gmail.com](mailto:archivohistorico.conventosanfrancisco@gmail.com)

En la sección “Pueblos Originarios” presentamos el artículo de Inés Farías “A 150 años de la excursión del coronel Lucio V. Mansilla a los toldos ranqueles”, que rememora aquel acontecimiento militar, diplomático y, especialmente, simbólico en el devenir de los ranqueles.

\*\*\*

### **I- Los franciscanos del Río Cuarto.**

#### **Panorama previo**

Entre fines de marzo y mediados de abril se cumplen ciento cincuenta años -siglo y medio, o sesquicentenario, como se le quiera llamar- de un suceso estrechamente ligado a la historia de la Villa de la Concepción del Río Cuarto, por entonces límite de la Frontera Sud, más allá de la cual se extendía el llamado “desierto” pampeano ocupado por las huestes

ranqueles con epicentro en la toldería mayor, junto a la laguna de Leuvucó, -o Leubucó como escribe -Mansilla- y que se encontraba bajo el dominio del cacique Panguitruz Guor (Zorro Cazador de Pumas), más conocido por su nombre cristiano de Mariano Rosas, tal como firmaba y prefería ser llamado.

Acontecimiento que tiempo después trasciende desde la historia a la literatura, llevando los escenarios de nuestra pequeña Villa y de las tolderías de la Pampa, hacia diversos lugares del mundo cultural. Es que fuera ya del epicentro de estas acciones y alejado forzosamente de la Jefatura de la Comandancia, el Coronel Mansilla publica poco después una serie de Cartas en el diario “La Tribuna” de Buenos Aires, las que luego completa en un libro que titula “Una Excursión a los indios ranqueles” y que le ha valido a lo largo del tiempo una alta consideración por sus descripciones, relatos y anécdotas de la excursión, así como por los episodios, algunos no tan pacíficos, que comparte en los toldos; también, y sobre todo, a partir de este libro - primer premio en el Congreso Geográfico Internacional de París, en 1895- por el que es reconocido como el autor de una obra literaria que se ha replicado en el mundo de las letras en diversos idiomas y llevado el

nombre de personas, parajes y lugares de nuestra región al interés de los estudiosos.

Historia y literatura se combinan. La excursión es la mayor expresión de un atrevido viaje a través de la inmensidad de la pampa, hacia un mundo desconocido, lejano y hasta hostil. Las narraciones son pródigas para el conocimiento de la historia y la geografía del Sur de Córdoba y parte N.O. de La Pampa y de San Luis; de su toponimia, de la idiosincrasia del ranquel, sus hábitos y costumbres, en medio de un sinnúmero de personajes venidos a esconderse detrás de la frontera, o ser llevados a la fuerza, como ocurre con centenares de mujeres y niñas cautivas.

En primer lugar, nos referiremos a los antecedentes y situación de la Villa de la Concepción como escenario previo a la Expedición hacia Tierra Adentro.

En la segunda parte, nos ocuparemos de la Excursión que emprende el Coronel Lucio Victorio Mansilla, Comandante de la Frontera del Sur el 30 de marzo de 1870 hacia las tolderías, para regresar casi veinte días después, el 18 de abril, siempre desde y hacia Villa Mercedes, asiento de la Comandancia del Jefe General de las Fronteras del Sur de Córdoba, San Luis y Mendoza, aunque teniendo como punto de

inicio y retorno final, a la sede la Comandancia de la Villa del Río Cuarto.

### **Ambiente y circunstancias**

Apenas una cuadra separaba la casona de la Comandancia de Frontera donde residía Mansilla del convento franciscano y las preocupaciones por la siempre conflictiva y tensa situación en torno a la frontera, les reunía en más de una tertulia, cuando no, en correrías que avanzaban hacia el sur, desplegando uno su estrategia militar y sus cualidades evangélicas los otros. De esta relación entre el coronel Mansilla y los franciscanos del Río Cuarto dan cuenta numerosas cartas que cruzan el desierto pampeano, ya fuere las del P. Donati al gobierno nacional -en particular al Ministro de Culto, Nicolás Avellaneda- y al cacique Mariano Rosas, entre abril de 1868 y enero de 1869, antes de la llegada de Mansilla- como en sendos relatos que describen las circunstancias que desembocan en la excursión.

En estos escritos *-Relación o Informe-* que escriben los Padres Fr. Marcos Donati y Fr. Moisés Álvarez se narran los preparativos, la travesía y los acontecimientos que se suceden en torno a la incursión a las tolderías, en parte

coincidentes, en partes no, con las de Masilla.

En poco más de una década que precede a la excursión a los indios ranqueles, cabe ubicar la instalación de los misioneros de la Orden de San Francisco (1856) y los numerosos conflictos y tensiones que se suceden en la frontera, entre la autoridad civil y militar y los caciques ranqueles. Interesa destacar asimismo, las preocupaciones de los franciscanos referidas a las negociaciones por la paz y el rescate de cautivos, que habrían de coincidir en parte con las del coronel Mansilla y que les motivan a emprender las acciones conjuntas que los llevan a Tierra Adentro.

Integrados los relatos de los dos misioneros con el de Mansilla, se entrecruzan y permiten a la vez que afirmar la verosimilitud histórica del suceso, aportar tanto contraposiciones como coincidencias desde el punto de vista militar, misionero y de los ranqueles.

### **Piden misioneros**

A mediados del siglo XIX se suceden importantes cambios en la historia de nuestro país que se reflejan en la Villa de la Concepción del Río Cuarto y en la situación

en torno a la frontera. Por esta época se produce la fundación del convento de los misioneros franciscanos, autorizada por decreto del Gobernador de Córdoba, doctor Alejo Carmen Guzmán (30.4.1855). Entre los frailes fundadores se encuentran los que luego serán los primeros Prefectos de Misiones, los PP. Donati y Álvarez, no sólo compañeros de Mansilla en su viaje a las tolderías, sino también como actores principales de otras incursiones en los escenarios pampeanos.

La Villa de la Concepción del Río Cuarto, fundada por el Marqués de Sobre Monte (1786) a la sazón Gobernador de Córdoba, apenas había cumplido 70 años y contaba con no más de 3.000 habitantes. Situada en el límite de la línea de Frontera, tenía hacia el Sur un extenso territorio cargado de amenazas y tensiones que hacían muy difícil la vida para sus pobladores.

Los cambios producidos a partir de 1853 -batalla de Caseros, caída de Juan Manuel de Rosas y en Córdoba, del Gobernador Manuel “Quebracho” López, -a quien le sucede el doctor Alejo Carmen Guzmán- repercuten en torno a la frontera. Instalado en Río Cuarto el nuevo Gobernador (abril a agosto de 1853) por invitación del

Comandante de la Frontera, coronel Juan Bautista Ferreira, promueve una política amistosa y defensiva hacia los indios ranqueles, y a la vez, anhela ampliar los dominios de la Provincia hacia el Sur.

Es entonces que un grupo de vecinos notables presenta un petitorio (2.8.1853) al Gobernador: solicitan la fundación de un Colegio Misionero de Propaganda Fide de la Orden Franciscana, pedido que calza justo a la medida de los propósitos del Dr. Guzmán, entre cuyos planes estaban los de pacificar la frontera y atemperar el sufrimiento de los pobladores ante los frecuentes malones.

El petitorio fue aceptado al tener en cuenta “la importancia de la Villa de la Concepción del Río Cuarto, tan ventajosamente colocada para seguridad de la Provincia en su frontera del Sud, llamada a ser un centro de actividad comercial, situada en la carrera de Buenos Aires hasta Chile y el inmediato contacto con las provincias de Cuyo, especialmente San Luis y Mendoza”.

El trámite de aprobación siguió su curso en la Legislatura provincial y tras un largo itinerario que los trajo desde Génova a Montevideo, los primeros misioneros franciscanos pasan por el Convento de San

Lorenzo y llegan a la Villa del Río Cuarto el 13 de noviembre de 1856. De este modo entran en acción tiempo después, los Padres Fray Marcos Donati y Fray Moisés Álvarez, como partícipes no sólo de la excursión tierra adentro, sino también de muchas otras preocupaciones de la Villa.

### **Tensiones en la frontera**

Por ese mismo año de 1856 el gobierno nacional promovió la ocupación del río Quinto mediante la construcción de sendos cantones en Las Pulgas y El Lechuzo, dando lugar a la fundación del Fuerte Constitucional (1856), hoy ciudad de Villa Mercedes, en San Luis y del Fuerte Tres de Febrero (1857), sobre el río Quinto.

Ya por entonces se habían realizado algunas incursiones hasta las tolderías en comisiones de paz, en tanto la frontera había quedado desguarnecida a raíz de las luchas civiles que alcanzaron su mayor virulencia a partir de 1860; las poblaciones y fortines quedaron a merced de las sediciones y montoneras tanto como de los ataques ranquelinos, según un crítico cuadro que describe Barrionuevo Imposti, al tiempo que los malones ponían a dura prueba la seguridad de la frontera del Sur de Córdoba: entre 1863 y 1864 se producen grandes invasiones; en la primera (29.3.63)

400 indios de lanza sitiaron a la Villa del Río Cuarto, sembrando el terror y la muerte; en la del 7 de julio, 600 indios del cacique Mariano Rosas asaltaron la posta de Achiras, y en la del año siguiente (8.12.64), unos 500 indios de pelea traspusieron el río Cuarto por el Paso del Durazno, arriando unas 6.000 cabezas de ganado, conducidas por indios de Calfucurá. En 1866 se registraron once grandes invasiones en el sur de la Provincia. Una de las más trágicas que sufrió la Villa de la Concepción, fue la del 22 de noviembre de 1866; unas 800 lanzas tomaron por asalto la Villa, arrearon unas 8.000 cabezas de ganado, se llevaron 79 cautivas, saquearon una tropa de carretas y 34 quintas, dejando el terreno sembrado de muertos y heridos; otro malón (2.4.1868) de magnitud nunca vista, de unos 2.000 indios, penetró por el Paso de los Indios hasta Tegua y Santa Bárbara, llevándose como a 200 cautivas y cuanto encontraron a su paso.

A todo esto, frecuentes sublevaciones entre las tropas y una marcada indisciplina militar obligaban a los jefes de frontera a hacer lo indecible para contener tanto los ataques de los ranqueles como el caos interno. Hacia fines de 1867, los jefes de Frontera, el coronel Francisco de Elías, y luego su sucesor Plácido López, intentaron

concertar tratados de paz sin llegar a un acuerdo. Por el contrario, las hostilidades se mantuvieron a la orden del día.

### **Coincidencia de planes**

Llega así, el tiempo en que los propósitos del pedido de los vecinos, los del Gobernador y los del gobierno nacional coinciden con los de los misioneros.

El 18 de enero de 1869 hace su entrada en la Villa del Río Cuarto al frente del Batallón 12 de Infantería de Línea, el teniente coronel Lucio Victorio Mansilla, designado (28.12.1868) nuevo jefe de la Frontera Sud de Córdoba. Es recibido por un vecindario alborozado, con grandes honores en la plaza y un anhelo general que se extendía por todos los pueblos fronterizos: que impusiera seguridad en la frontera.

Todos quisieron agasajarlo. Y según narran las crónicas, también los franciscanos lo invitaron a compartir su mesa. Desde ese momento serían sus confidentes, cooperando con las gestiones que se acumulaban en su despacho, o amparados en la tranquilidad del claustro, compartiendo lecturas o discusiones sobre los problemas del momento o también, cabalgando lado a lado, por esas interminables extensiones del desierto.

El coronel Mansilla tenía instrucciones del General José María Arredondo, jefe general de la frontera del Sur de Córdoba, San Luis y Mendoza, que coincidían con las necesidades del cuadro de situación antes descrito, y que se resumían en dos claros objetivos: 1) reorganizar las Guarniciones y restablecer la disciplina y 2) llevar la línea de Frontera hasta el Río Quinto, tal como había dispuesto el gobierno del Presidente Sarmiento y su ministro de Guerra Martín de Gainza, lo cual exigía un previo reconocimiento de su curso y campos circundantes; Mansilla decide hacer inspecciones parciales de este territorio hasta alcanzar el objetivo final. El traslado de la frontera al río Quinto, constituía pues, el paso inicial y legal de un ambicioso plan de políticas de Estado. Estas incursiones hacia puntos estratégicos que desde las guarniciones del Río Cuarto avanzaron hasta el río Quinto procuraban objetivos de notable valor estratégico, pues “los indios ya no tendrían la misma facilidad de antes para saquear al estar ocupados los pasos que habitualmente transitaban para invadir”, al decir de Mansilla.

Es de destacar por otra parte, el papel que el Jefe de Frontera asigna desde el comienzo de su gestión, en calidad de capellán al Padre Marcos Donati, sabiendo -

aunque en sus cartas parece olvidarlo- que el franciscano acababa de regresar de Buenos Aires y que el ministro Nicolás Avellaneda le había ofrecido la protección del gobierno para desarrollar su labor evangélica entre los indios. Dos graves problemas desvelaban por entonces al P. Donati en sus planes de ir Tierra Adentro: la conversión de los indios y el recate de cautivas.

### **Hora de ir a los toldos**

El momento que planeaba el coronel Mansilla para ir en forma pacífica al interior del dominio de los ranqueles, estaba próximo.

“Hacía mucho tiempo que yo rumiaba el pensamiento de ir a Tierra Adentro. El trato con los indios que iban y venían al Río Cuarto, con motivo de las negociaciones de paz entabladas había despertado en mí una indecible curiosidad” escribe al iniciar el capítulo segundo de sus relatos; y al comienzo del tercer capítulo: “Sólo el franciscano Fray Marcos Donati, mi amigo íntimo, conocía mi secreto. Se lo había comunicado yendo con él del Fuerte Sarmiento al de Tres de Febrero”. Mansilla explica en sus cartas que además de esa natural curiosidad y ansias de aventura por la atracción que significaba pisar la tierra de

Leuvucó, deseaba aclarar a los caciques algunos aspectos del tratado de paz aún no ratificado por el Congreso, observar los hábitos de vida de los ranqueles e inspeccionar el terreno por dónde tal vez tuviera que incursionar con sus tropas.

Lo que pudo ser uno de los mayores logros militares para el coronel Mansilla, como el de ir y volver de los dominios ranqueles sanos y salvos, con un Tratado de Paz por defender ante el Gobierno nacional y obtener un sinnúmero de información acerca de la vida, hábitos y propósitos ranquelinos, el mismo quedó opacado no bien llegó a la Comandancia de Villa Mercedes y fuera notificado de un juicio por el que debía regresar sin pérdida de tiempo a Buenos Aires. Si bien sufrió la pérdida de la jefatura de la Comandancia, Mansilla hizo perdurar a través de sus cartas y posterior libro, los pormenores de esta excursión con un gran éxito literario, sin contar sus aportes a los estudios antes dichos de historia, geografía, toponimia, cartografía, siendo muy valiosos los “croquis topográficos de la antigua y nueva línea de la frontera Sud y Sud Este de Córdoba y Sud de Santa Fe” que incorpora, resultado de sus observaciones y sobre todo, de haberse adentrado y convivido en



el mundo poco y mal conocido hasta entonces, del pueblo ranquel.

## **II Diplomacia y excusas para ir Tierra**

### **Adentro**

El inicio del año 1870 marca un sinnúmero de idas y venidas entre comisiones oficiales y ranquelinas, en pos de un anhelado acuerdo que el Gobierno Nacional es renuente de aprobar.

La misión diplomática del Coronel Lucio V. Mansilla consiste en llegar a las míticas tolderías del cacique general Mariano Rosas, en Leuvucó por el paso del Cuero, afrontando los riesgos y las penurias del desierto. Según el sistema político de los indígenas, el tratado debía aprobarse en una junta de los principales jefes indios, tras un largo y abierto debate. Se necesitaba entonces, una especie de conferencia cumbre, en el propio terreno de las tolderías ranquelinas.

Las condiciones estaban dadas para que se concretase el anhelado sueño del coronel Mansilla: la pacífica visita a Tierra Adentro. Faltaba el permiso de su jefe, el General José María Arredondo a cargo de la frontera del Sur de Córdoba, San Luis y Mendoza, y las disposiciones para el viaje.

Le animaban como propósitos, además de negociar las condiciones de paz, los de

orden militar de inspeccionar el territorio para futuras expediciones, y los personales de observar los hábitos de vida de los ranqueles, además de su natural inclinación a la aventura, incitada por el misterioso atractivo de Leuvucó, según explica en sus cartas.

### **A Tierra Adentro**

El 30 de marzo de 1870, a las cinco y media de la tarde, acompañado de dieciocho subordinados, entre ellos los dos misioneros franciscanos, Fr. Marcos Donati y Fr. Moisés Álvarez, el coronel Mansilla inicia la excursión, episodio que le valió la escritura de una de las escasas obras que en nuestra literatura -al decir de los expertos- pueden llamarse con propiedad “argentinas”.

Sesenta leguas de cabalgatas y de peripecias, entre el Fuerte Sarmiento y Leuvucó, con visitas incluidas a los asentamientos de los caciques Baigorrita y Ramón. Y otras sesenta leguas para regresar, por el camino del Cuero y el paso por la Laguna Verde. El fin principal de la misión diplomática era conseguir la aceptación de un tratado de paz entre los ranqueles y el gobierno del Presidente Sarmiento. Para Mansilla había muchos

otros motivos más, y otros tantos, evangélicos, para los misioneros.

Escribe en su informe el P. Donati:

“...emprendimos el viaje tan deseado como importantísimo para mí como Prefecto de Misiones. El Padre Moisés Álvarez muy gustoso me acompañó. Ya en marcha Mansilla diciéndome esto: – Padre Marcos, entrego a Ud. mi alma, y Ud. entregue a mí su cuerpo, recíprocamente nos hemos de favorecer en el peligro en que vamos a meternos. Yo, y el Padre Moisés salimos del Río 4º el veinte y cuatro de Marzo del mil ocho cientos setenta. El Coronel salió el 22 del mismo para presentarse al General Arredondo su Jefe para conseguir el permiso que precisaba, quedando nosotros de esperar a Mansilla 30 leguas distantes del Río 4º en el Fortín Sarmiento. En la tarde del 30 de Marzo pudimos salir para Tierra Adentro”.

Y narra los primeros pasos de la aventura: “Entre todos éramos diez y ocho, es decir, dos Religiosos, el Coronel con tres Oficiales, trece Soldados entre asistentes y caballerizos para el cuidado de 130 y más caballos escogidos. Llevaba conmigo un altar portátil que contenía los santos óleos y

lo demás que era necesario para la santa Misa”.

Para el P. Moisés Álvarez la noticia de prepararse para una salida tuvo mucho de misterio y la acepta en un gesto de obediencia y a la vez que de confianza, hacia su respetado Prefecto de Misiones, al sospechar que habrán de ir al desierto:

“Así ocupado me hallaba en estos pensamientos cuando siento que abren la puerta de mi cuarto. Levanto la cabeza; era mi reverendo Prefecto. Con secas palabras me dice: –Mañana nos vamos y es preciso pensar en el camino [...] Llevaremos 12 manzanas, medio queso y un poquito de azúcar y café. [...] Como era poco lo que había de disponerse luego estuvimos listos. Esa tarde vino el encargado del Coronel a preguntarnos si estábamos dispuestos. Le contestamos que sí, y arreglamos de salir un poco temprano. Efectivamente, al otro día a las siete salíamos para Sarmiento”.

Las mulas cargueras transportaban los ornamentos religiosos, las provisiones y los regalos para los caciques. La marcha se vio dificultada por efectos de las lluvias que habían anegado la llanura. Apenas se observaban las rastrilladas, y los guadales

eran una fuente de peligros. Uno a uno, fueron superándose los puntos fijados como hitos de la marcha.

Los expedicionarios marchaban entusiasmados. Escribiría Mansilla: “Vamos todos alegres como unos niños [...] La felicidad no es una quimera. Hay que atraparla por los cabellos”.

La travesía es larga y extenuante. Ya cerca de Leuvucó deben detener su marcha y esperar a ser recibidos por el cacique general, tras el envío de diversas embajadas, para dar aviso de la llegada. El jefe ranquel se toma su tiempo y sólo cuando sus informantes le dan seguridad, accede a recibir a los visitantes.

### **Desconfianza y diplomacia**

Ya en los toldos, tras algunas escaramuzas que les inquietan un poco, Mansilla y su comitiva logra ser recibido; se hallan reunidos los grandes caciques de las tolderías ranquelinas, y debe someterse al rito de presentación. Una ceremonia larga que para Mansilla resulta sofocante, porque debe hacer lo mismo con cada cacique. Todos festejan a Mansilla y repiten: “ese coronel Mansilla toro”, máximo elogio que se podía hacer de un hombre en las profundidades del desierto.

Mariano Rosas habla un amago de castellano, aprendido en su época de cautiverio desde los nueve años de edad en la Estancia de Virrey del Pino, propiedad de Juan Manuel de Rosas, quien lo apadrinó en su bautismo y le puso nombre “cristiano”. Pero muchas veces habla en ranquel frente a Mansilla y éste debe confiar en su lenguaraz. En general, es el único cacique con el que de todos modos puede dialogar directamente.

El momento crucial se produce en la reunión o Junta de los jefes ranqueles, en un acto con la presencia de toda la tribu; las decisiones se toman por aclamación, tras el debate abierto sobre los temas conflictivos. Las heridas de la guerra siguen abiertas y las quejas de los ranqueles son muchas. Las acusaciones contra los cristianos son firmes: sostienen los caciques que los blancos son ladrones, porque se apoderan de tierras que no les pertenecen.

Mariano Rosas formula serias objeciones. Mansilla debe responderlas de inmediato y entablar una discusión pública que en parte le sorprende, porque sus conversaciones previas le habían dado cierta esperanza. El gran cacique conoce las noticias de los diarios de Buenos Aires; tiene en su toldo los recortes referidos a las relaciones del gobierno con las tribus, entre

ellos uno del diario “La Tribuna”, en el que se publica que el tratado de paz con los ranqueles esconde la intención de construir por tierras ranquelinas el ferrocarril hacia el Pacífico, circunstancia ésta que hace desconfiar a los caciques, pues intuyen que detrás del ferrocarril continuará la ocupación de las tierras.

Ante el griterío de la junta, Mansilla debe extremar su habilidad diplomática para disipar la desconfianza de Mariano Rosas, aunque no lo logra totalmente. Trata de convencerlos de que, si el ferrocarril pasa por sus tierras, los ranqueles no serán perjudicados, algo de lo que él mismo duda en su fuero íntimo. Mariano Rosas había golpeado muy fuerte su ánimo al decirle:

“...y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar mate, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni a trabajar ni nos han hecho conocer su Dios. ¿Y entonces, hermano, qué servicios les debemos?”.

La queja o vaticinio de Mariano Rosas en sus conversaciones con Mansilla está impregnada de la amargura de quien ha sufrido el avance de la civilización.

Mansilla reconoce la fuerza y la verdad de la argumentación del cacique: “Por mi parte, hice acto de conciencia y callé... Hasta entonces había cumplido con mi deber, en mi humilde esfera, según lo entendía. Pero mi conducta personal no podía ni debía ser un argumento contra las humillantes objeciones del bárbaro. No me cansaré de repetirlo: No hay peor mal que la civilización sin clemencia...”, según escribe tiempo más tarde en el capítulo dos del relato de la excursión.

Tras agotadoras horas de nada fáciles y muy largos parlamentos, Mansilla usa el argumento que le insinúa uno de sus lenguaraces, quien le aconseja que insista en remarcar todo lo que el gobierno de Buenos Aires va a entregar a los ranqueles si aceptaban el tratado, que enumere las mercaderías y los animales que recibirían. Finalmente, el tratado de paz es aceptado por aclamación.

### **Algunas conclusiones**

Más allá de las discusiones por el tratado de paz, Mansilla, sus hombres y los misioneros debieron convivir en las tolderías, asumir las costumbres, alimentarse como nativos, adaptarse a las convicciones de éstos, sin perder su propia



identidad y el sentido y finalidad de su misión. Logra que los dos franciscanos que lo acompañan puedan celebrar misa y hacer diríamos solemnes o vistosas, ceremonias de bautismos que crean una relación profunda entre los compadres, el padre de sangre y el padrino de bautismo. Mansilla apadrina algunos niños, en particular hijos de los caciques, en celebraciones que se preocupa revistan cierta relevancia, por el lugar y sus consecuencias políticas. Mansilla cree en la virtud de la religiosidad como uno de los factores profundos de lo que en su generación se llama la “civilización”.

Durante casi veinte días, debió remontar una diferencia cultural que en mucho superaba la distancia de las sesenta leguas. Y hasta valoró muchas de las ideas de sus interlocutores. Sus preguntas del capítulo final tienen la resonancia de la experiencia adquirida: “¿Y qué han hecho éstos -los cristianos- qué han hecho los gobiernos, qué ha hecho la civilización en bien de una raza desheredada, que roba, mata y destruye, forzada a ello por la dura ley de la necesidad? ¿Qué han hecho?...”.

El resultado de la excursión fue presentado a su jefe, el General Arredondo, en 13 puntos que se resumen en los siguientes: la generalidad de los indios

desean la paz; las dos tribus- de Rosas y Baigorrita- representan una población de 10.000 indios, con otros 1.400 de pelea y unos mil cautivos entre grandes y chicos; no son crueles, tienen algunos hábitos de trabajo; es necesario cortar el comercio con los indios chilenos, que influye en la repetición de los malones. Los indios tienen dos grandes pasiones: la embriaguez y la chafalonía; condiciones para la entrega de raciones, entre otras.

Aparte de los objetivos religiosos de los franciscanos y la finalidad político militar de Mansilla, la excursión dejó como fruto las observaciones que luego como escritor volcó en sus cartas y libro recogidas en los aduares, lagunas, rastrilladas, en su ocasional convivencia con infieles, soldados y refugiados. Intervienen los lenguaraces, los refugiados del desierto, y en particular, las cautivas, que al decir de Mansilla, constituyen “la página más conmovedora del desierto”.

El P. Donati concluye en su informe:

“Yo de los Indios he quedado completamente esperanzado, tarde o temprano poder ir a realizar las misiones. Por parte de los cristianos temo encontrar grandes obstáculos”.

Aunque también tiene sus dudas. Hizo por su cuenta dos viajes tiempo después a las tolderías; uno en 1872 y el otro al año siguiente, teniendo por principal objetivo el rescate de cautivos.

El otro acompañante de la expedición, el P. Álvarez, volvió a Tierra Adentro como comisionado para negociar un nuevo tratado de paz (20.10.1872).

Tamaño esfuerzo de pacifista, misioneros y de los mismos ranqueles, duró poco tiempo. Nueve años más tarde, otra incursión -Campaña al Desierto- totalmente opuesta en sus fines y métodos, echaría definitivamente por tierra estos ideales, sacrificios y esfuerzos.

### Epílogo

Mariano Rosas murió el 18 de agosto de 1877, presuntamente de viruela, en Leuvucó a los 52 años, en la plenitud de sus poderes, respetado por los suyos y apreciado por los cristianos: las ceremonias fúnebres fueron multitudinarias y casi interminables. Pero no pudo descansar tranquilo: en plena Campaña del Desierto una expedición comandada por el coronel Eduardo Racedo encontró sus restos entre otras tumbas indígenas. El cráneo del cacique, con otras piezas, fue enviado al Museo de Ciencias Naturales de La Plata

donde permaneció por largos años. Sus restos fueron restituidos por Ley del Congreso el 22 de junio de 2001 y son honrados en un enterratorio al borde de la ahora seca Laguna de Leuvucó.

El coronel Lucio Víctor Mansilla, como se sabe, debió dejar la Jefatura de Frontera de inmediato a su regreso de las tolderías; el 2 de mayo de 1870 abandonaba Río Cuarto, vadeando el río a bordo de un coche de la mensajería que lo conduciría a Córdoba, para después continuar viaje a Buenos Aires. Era hijo de Lucio Norberto Mansilla y de Agustina Ortiz de Rosas, hermana menor de don Juan Manuel Rosas, por entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Sobrevivió muchos años a su interlocutor de las tolderías; falleció el 8 de octubre de 1913, en París, a los 82, ya general retirado. Sus restos, repatriados años más tarde con honores, descansan en el panteón familiar de La Recoleta.

Diría Mansilla en una de sus cartas, acerca de los frutos personales de la marcha a los toldos: “Yo he aprendido más de mi tierra yendo a los indios ranqueles, que en diez años de despeñarme leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales”.

Privado de sus sueldos y con la carrera interrumpida, asumió la tarea de escribir un

relato de su marcha hacia el desierto en la forma de cartas para el diario La Tribuna, dirigidas a su amigo Santiago Arcos. Nació así “Una excursión a los indios ranqueles”, uno de los libros más notables de la literatura argentina, destinado a mantener vigente a través del tiempo la singularidad de su hazaña, traducido a diferentes idiomas.

### **Memoria y monumento**

La otrora Villa de la Concepción del Río Cuarto honra la memoria del antiguo Jefe de la Frontera Sud y expedicionario al Desierto, con el nombre de una calle céntrica (Ordenanza N° 127 del 15 de junio de 1914) ubicada al Sur del macro centro de la ciudad, que corre de Este a Oeste, entre las vías del ferrocarril y calle Sobre Monte, paralela a las calles Alejandro Roca al Norte y Presidente Perón (O) al Sur.

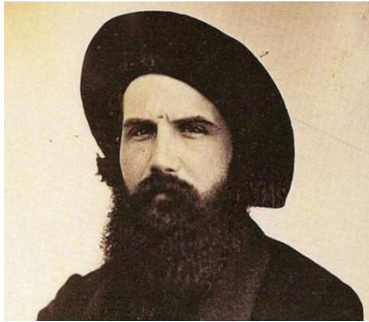
Con motivo del centenario de la culminación de su excursión a los ranqueles, por iniciativa de una Comisión de Homenaje al Coronel Lucio V. Mansilla, se levantó un monumento cuya piedra basal fue bendecida el 18 de abril de 1970. La estatua de 2,15 metros de altura, fue emplazada en el año 1972 en el cantero central de la Avenida Sabattini, vía de acceso y salida de la ciudad hacia el Sur; es

obra del escultor local Héctor Otegui, plasmada en yeso con la inconfundible silueta que Carlos Mayol Laferrère describe “de pie, calado el quepis, melena recogida y holgada capa militar”; fue fundida en bronce estatuario “a la cera perdida” en los talleres de la empresa Sarubbi y Buchhass de la Capital Federal.

### **Notas**

<sup>1</sup> Directora del Archivo Histórico del Convento San Francisco Solano, Río Cuarto. Nota publicada en diario Puntal, editada por Nicolás Cheetham, en las ediciones del sábado 18 de Abril, pp.18 y 19; y domingo 19 de Abril de 2020, pp. 20 y 21.

Fuentes: Documentos del Archivo Histórico del Convento San Francisco Solano; “Mansilla en la Frontera del Sur”, 1961 e “Historia de Río Cuarto”, Tomo III, 1986, de Víctor Barrionuevo Imposti; "Tras las huellas de Mansilla", de Carlos Mayol Laferrère, 2012 y “Una Excursión a los indios ranqueles”, de Lucio V. Mansilla, edición de la Academia Argentina de Letras, 2016.



**Figura 1.** Coronel Lucio V. Mansilla, clásico retrato de época.



**Figura 4.** General Mansilla, en sus últimos años, en París.



**Figura 2.** Fr. Marcos Donati.



**Figura 5.** Recordatorio levantado en Leuvucó; indica el sitio de la primera misa y bautismos.

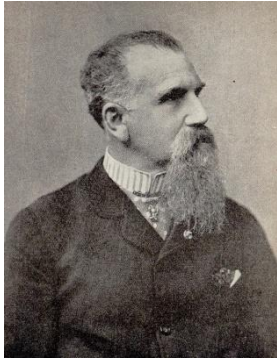


**Figura 3.** Fr. Moisés Álvarez.



**Figura 6.** Indicador del asiento de los toldos de Mariano Rosas.





**Figura 7.** Lucio V. Mansilla, en su época de Coronel.



**Figura 8.** Monumento donde descansan los restos de Mariano Rosas, al borde la laguna de Leuvucó (Foto no publicada en las notas del diario).